GRACIÁN: CONOCIMIENTO Y APRECIO DE LOS AUTORES ESPAÑOLES

IGNACIO ELIZALDE
Universidad de Deusto

Gracián ha exaltado sumamente el valor de la sabiduría y, en particular, de los libros. «No hay linsonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día», escribe. Sin las lecturas, sin el saber, no hay señorío, ni el hombre es persona.

Fue Gracián un formidable lector. Todo parece haberlo leído y casi todo parece recordarlo. Sus libros están llenos de cultura. Mucha de su cultura es anecdótica o de segunda mano. Pero por el detalle específico, por la exactitud de la referencia, por el juicio profundo y comprensivo, revela un conocimiento íntimo y directo del autor.

Entre sus libros, ninguno lo evidencia más que el de la *Agudeza y arte de ingenio*, en el cual se trata no sólo de conceptistas, como se viene diciendo, sino de muchos otros poetas y también prosistas, latinos y modernos.

Es notable que cuantas veces cita y juzga a escritores establece una distinción clara entre los que son simplemente *conceptuosos* y los que son *cultos* o *bizarros*, según su expresión.

Quevedo, Lope de Vega, nunca son llamados sino *conceptuosos* o *ingeniosos*. Carrillo, Góngora son siempre calificados de *bizarros o cultos*. Gracián insiste y nota como ligero defecto la ausencia de cultismo en los dos primeros. A los restantes escritores que nombra los sitúa siempre con precisión en una u otra categoría. No hay más que un caso en que se haya equivocado: el de Marino. Le da el doble calificativo de conceptuoso y culto o aliñado. Pero Marino no tiene derecho al título de culto. Acaso el conocimiento insuficiente de la lengua italiana por Gracián, le impidió juzgar con justeza a este poeta. Además hay que reconocer que la palabra culto no tiene para él un sentido tan exacto como el que le damos actualmente.

Según Gracián hay dos géneros de estilo:[1] el natural, unido, corriente, sin afectación, pero propio, puro y pulido; y el estilo artificial, pomposo, limado, con esfuerzo. El uno claro; el otro difícil. El estilo natural es el que usan «las personas que hablan bien de ordinario y sin estudio». Es como el pan que no disgusta nunca.[2] Basta para formular los conceptos más difíciles y sutiles. Pero cuando el artífice de las palabras se una a la sutileza de los pensamientos, se obtiene una obra maestra. El concepto es como el fruto del árbol, que no adquiere toda su belleza sino en medio de opulento follaje.[3]

Pero esta cuestión de estilo es secundaria a los ojos de Gracián. Así, declara que los antiguos, como Alonso de Cartagena o Antonio Pérez, son modelos acabados de conceptismo. «Hay —afirma— esta diferencia entre las composiciones antiguas y las modernas: que en las primeras todo es concepto, que las constituye en llenas de alma e ingeniosa vivacidad, al paso que las otras ponen todo el mérito en el follaje de las palabras, en la obscuridad de la frase, en el cultismo del estilo. Así no alcanzan tanto fruto de agudeza».[4]

No se puede negar, después de estas declaraciones, que el arte de Gracián es esencialmente conceptista, que admite un cultismo discreto como complemento eficaz de la belleza del concepto, pero no constituye un arte aparte.

Si se arguye que, a primera vista, parece que la *Agudeza* está consagrada a la gloria de Góngora, mencionado con profusión, hay que observar que las poesías del gran cultista que da en ejemplos no guardan, por lo general, ninguna relación con el cultismo del *Polifemo o de las Soledades*. Si Gracián declara que el modelo acabado del estilo *aliñado* es también Góngora, sobre todo en aquellos dos poemas, hay que reconocer que cita sólo dos versos en la *Agudeza*[5] y que se burla de los necios imitadores que se imaginan igualarle con tomarle algunas palabras o ciertas frases sonoras.[6] Lo que admira en Góngora es la sutileza de pensamiento.

Pero sería conocer mal a Gracián contentarse con los juicios que aparecen en la *Agudeza y arte de ingenio* sobre los escritores. También se advierten sus preferencias literarias en el *Criticón*. En la segunda parte de la novela, Andrenio y Critilo penetran, conducidos por el Espíritu, que personifica al Hombre alado, en el palacio del Entendimiento: en una de las salas ven a la Ninfa de la Poesía, que ante ellos toca los instrumentos que han pertenecido a poetas famosos. Entrambos peregrinos se asombran al observar que la cítara de Góngora es simple-

1. *Agudeza y arte de ingenio. Discurso* LXII, p. 504. *Obras completas*. Estudio preliminar, edición, bibliografía y notas de Arturo del Hoyo, Zaragoza, Aguilar, 1960. De aquí serán todas las notas.
2. LXII, p. 506.
3. LX, p. 496.
4. XXV, p. 353.
5. XLVIII, p. 447.
6. LXII, p. 510.

mente de haya, y la Ninfa les dice: «Si en este arquillo cultista de Córdoba la enseñanza moral hubiese respondido a la composición heroica, lo serio del asunto a la cultura del estilo, la materia a la bizarría del verso, a la sutileza de los conceptos, no de márfil, sino del más fino diamante merecería estar hecha su cítara».[7]

Así, Góngora no alcanza la perfección; la futilidad de sus temas le condena, y ciertamente éste no es el juicio de un cultista. A Lope de Vega le considera desigual. Su instrumento es la flauta del pan. Gracián reconoce su gloria, pero parece atribuir su éxito a la grosería del tiempo en que vivió.[8]

En medio de poesías serias, o trabajadas, Gracián concede un puesto inesperado a la musa de Quevedo. Entre tiorbas, liras y cítaras solemnes se ven castañuelas picarescas, que la Ninfa considera muy divertidas. «Con ellas Marica olvidaba sus dolores». Podría verse aquí una alusión a la poesía popular, que a Gracián debió de agradarle por su espontaneidad y su valor pintoresco. Pero se trata de Quevedo que dejó dos romances sobre Marica en sus vivas jácaras, en las cuales destaca, con lenguaje apropiado, los protagonistas de la *Vida airada*.[9]

Sorprende ver a Gracián escoger precisamente estas poesías escabrosas para fundar sobre ellas el principal título de gloria de Quevedo. Prueba innegable de su amplitud de criterio. Aún menciona a Quevedo entre los moralistas, después de Séneca, Platón y Plutarco. Presenta a la Ninfa de la Moral cogiendo algunas hojas que todos envidian. Unos las mascan, otros las trituran para sorber rapé. Pero «estas hojas de Quevedo son como las del tabaco, de más vicio que provecho, más para reír que para aprovechar».[10]

Compara *La Celestina* al perejil, para poder pasar sin asco la carnal grosería.[11] El infante Juan Manuel tiene un sitio de honor, pero hay que leerle sin poner atención en su estilo. Singular precepto, si Gracián hubiese sido verdaderamente cultista.

Estos juicios denotan un espíritu abierto, ciertamente ecléctico, y honran mucho a Gracián. Dedúcese esta conclusión: el autor de la *Agudeza* prefirió siempre el fondo a la forma, contra la tradición tenaz que no quiere ver en él sino un artesano de palabras, superficial y ridículo.

Entre los antiguos prosistas, ninguno cita más ni con mayor elogio que el Infante Don Juan Manuel, cuya enseñanza moral, prudencia y sagacidad mundana sólo son igualadas por su ingenio gustosísimo y la eminencia de sus ficciones. Su libro del *Conde Lucanor* es «siempre agradable, aunque siete veces se lea».[12] Lo califica de «erudito, magistral y entretenido libro... digno de la librería Dél-

7. *El Criticón*, II, 4, p. 724.
8. *Op. cit.*, II, 4, p. 724.
9. *Op. cit.*, II, 4, p. 714.
10. *Op. cit.*, II, 4, p. 722.
11. *Op. cit.*, II, 4, p. 722.
12. XXXV, p. 409.

fica».[13] Del ingenio de su autor, dice ser «inventivo, prudente y muy sazonado», calificativos que hoy mismo no disuenan, alabanzas que tampoco parecen excesivas.

En *El Criticón* nos dirá la prudente Ninfa: «No se ha de atender al estilo del infante don Juan Manuel, sino a la extrema moralidad y al artificio con que enseña».[14] Pero los juicios más ditirámbicos se hallan en la *Agudeza y arte de ingenio.*

En el *Discurso* XXIII, *De la agudeza paradoja*, se lee:

> Explícanse algunas veces estos paradojos dictámenes por una ingeniosa y gustosa ficción; hállanse muchos partos de grandes ingenios; el que fue inventivo, prudente y muy sazonado fue el excelentísimo príncipe don Manuel, hijo del infante don Manuel y nieto del rey don Fernando el Santo. Este sabio príncipe puso la moral enseñanza de la prudencia y de la sagacidad en algunas Historias, parte verdaderas, parte fingidas... Entre otras, trae esta gustosa paradoja...[15]

A esto sigue un resumen del *Ejemplo* XV.

En el *Discurso* XXVII, *De las crisis irrisorias*, podemos leer:

> Trae muchos muy ingeniosos el excelentísimo don Juan Manuel en su nunca apreciado libro del *Conde Lucanor*, en que redujo la filosofía moral a gustosísimos cuentos; bástale para encomio haberlo ilustrado con notas y advertencias e impreso modernamente Gonzalo Argote de Molina,[16] varón insigne en noticias, erudición, historia y de profundo juicio. Entre muchos muy morales, trae éste para ponderar lo que se mantiene a veces un engaño común...[17]

Luego da un sumario «De lo que contesció a un rey con los burladores que ficieron el paño».

En el *Discurso* XXXV, *De los conceptos por ficción*, se expresa así:

> Por esta misma sutileza se fingen algunas historias, o cuentos donosos, para sacar de ellos alguna ejemplar moralidad. Fue eminente en estas históricas ficciones el sabio y prudente príncipe don Manuel en su libro del *Conde Lucanor*... Entre muchas muy artificiosas es muy moral aquélla de don Alvar Fáñez...[18]

Con algunas fantasías recapitula la segunda parte del *Ejemplo* XXVII, y ter-

13. XXIII, p. 341.
14. *El Criticón*, II, 4, p. 723.
15. XXIII, p. 341.
16. Editor de la primera impresión de *El Conde Lucanor* (Sevilla, 1575).
17. XXVII, p. 366.
18. XXV, p. 409.

mina: «De estas tan ingeniosas ficciones va entretejiendo su moral sabiduría de este gran príncipe».

En el *Discurso* LVII, *De otras especies de agudeza fingida*, expone:

> Fue único en este género el príncipe don Manuel en su nunca debidamente bien alabado libro del *Conde Lucanor*, entretejido de varias historias, cuentos, ejemplos, chistes y fábulas, que entretenidamente enseñan. Entre todo es muy sazonado este cuento, en que pondera la ingratitud de los que levantados a gran fortuna se olvidan de sus amigos.[19]

A continuación viene una recapitulación del cuento de don Illán, y acaba el autor de la *Agudeza* con esta observación:

> Nótese lo primero la revelante moralidad, la valentía del empeño, y cómo se va enredando la ficción, sobre todo la ingeniosa y pronta salida: fue, sin duda, varón de grande entendimiento el príncipe, y en aquel tiempo, cuando no estaban las letras tan adelantadas en España como ahora, fue más y merece mayor estimación.[20]

De los modernos, es Mateo Alemán el que, «a gusto de muchos entendidos, es el mejor y más clásico español».[21] Habla Gracián de su mucha erudición, honda enseñanza y sazonado estilo, celebrado éste por lo natural, verdadero y claro: sin repugnar a la elocuencia, fluye con palabras propias y puras. Y, tras citar un pasaje suyo, pregunta: «¿Qué cosa más dulce puede hallarse? ¿Qué cultura que llegue a la elocuencia natural?»[22] Fue, finalmente, «tan superior en el artificio y estilo, que abarcó en sí la invención griega, la elocuencia italiana, la erudición francesa y la agudeza española».[23]

¿Y Quevedo al que debía considerar como maestro y rival? En el ingenio, en el tono profundo, en las ficciones alegóricas y satíricas, en la manera de filosofar a lo frívolo y a lo grave alternativamente, en el estilo frío e impecable, retorcido y brillante; en todas las dotes estilísticas, tenía que reconocerle como único ingenio gemelo en las letras de España. Gracián lo cita a menudo como poeta en la *Agudeza y arte de ingenio*, aplaudiéndole, sobre todo, por el modo de composición de muchos equívocos continuados.[24] Del prosista nada dice, excepto en una sola ocasión, en que lo dice todo. Al escoger los mayores ingenios en las artes lo cita para declarar que ningún hombre eminente fue

19. LVII, p. 484.
20. LVII, p. 485.
21. LXII, p. 506.
22. XXVII, p. 362.23. LVI, p. 477.
24. *El Criticón*, II, 4, p. 722.

estimado en vida: «ni lo fue Ticiano en la pintura, ni el Bonarota en la escultura, ni Góngora en la poesía, ni Quevedo en la prosa».[25]

Con Alemán y Quevedo nuestro autor ha escogido dos de los tres grandes maestros de la prosa. ¿Y el tercero, Cervantes? Singular es el silencio de Gracián. En su obra no ha dejado de él huella alguna. El aragonés no cita un solo pasaje suyo, ni en verso, ni en prosa. Jamás lo menciona por su nombre. De haber nacido Gracián años antes, o vivido Cervantes algunos más, se hubiera supuesto una enemistad personal. Tendríamos por caso análogo al de Lope y Juan de la Cueva, que tuvieron buen cuidado de no nombrar al otro jamás. ¿Fue incomprensión literaria de Gracián, conceptista él, escritor natural Cervantes? Tampoco, porque su estilo habitual, el natural, bueno como el pan, que nunca cansa, lo celebra nuestro conceptista en Mateo Alemán. Es curioso que el prosista más leído, siquiera cuando Gracián se aficionó en la adolescencia a los libros, no exista para él.

Entre los 900 ejemplos literarios y los 200 «dichos agudos», según Chambers, reflejados por Baltasar Gracián sólo en la *Agudeza*, no aparece ninguno asignado directamente a Cervantes. Más aún, no se ha registrado ni una sola vez el nombre del autor del Quijote con *El Criticón*.[26] Y Gracián no es posible que no hubiera visto en el «Museo del Discreto», en la biblioteca de su amigo Lastanosa, la edición del *Quijote*, aparecida en Valencia, en 1605.

Tal vez pueda parecer aventurado ver en el *Héroe* de Gracián el antihéroe de *Don Quijote;* en el *Discreto* el antivulgo de Sancho; en la *Agudeza*, la fuente anticervantinista del Ingenio; en *El Criticón*, «el modo» contra la «realidad» del *Quijote* y en el *Político* la figura suprema de todo lo que representa para Gracián su «genio» de Aragón, contrapuesto a lo que Castilla pueda representar para Cervantes. Si hubiera intentado hacer con el *Quijote* lo que Cervantes con la caballería andante, no hay duda que todos nos hubiéramos puesto a favor de Cervantes.[27]

Una de sus grandes admiraciones fue Juan Rufo, el famoso Jurado de Córdoba, de quien multiplica los ejemplos, no tomados de su mayor poema, sino de *Los setecientos apotegmas* del que afirma «que es uno de los libros del buen gusto». Si no del buen gusto es aquél uno de los libros más jugosos y de las misceláneas más sabrosas que observamos de aquel tiempo de los Zapatas y Timonedas, tan fecundos en el género. Los prontos e ingeniosidades de Rufo le parecían bonísimos a Gracián. Para él agota los elogios con agudeza que no desmerece de la del ingenioso Rufo. Entre otros mil elogios y calificativos, le dice:

25. *Op. cit.*, III, 12, p. 993.

26. Chambers L.H. *Baltasar Gracián's Wit and Art.* Michigan, 1962, pp. 43-47.

27. Ceferino PERALTA s.j. «La ocultación de Cervantes en Baltasar Gracián». *Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses sobre Gracián y su Época.* Zaragoza, Institución de Fernando el Católico, 1986, p. 156.

«el pronto, el agudo, el fino, el benemérito de la agudeza, el Jurado de Córdoba, aquel que juró de agudo».

En el campo de la poesía están sus mejores aciertos de crítica. En la *Agudeza y arte de ingenio*, tratado de preceptiva y rica antología de poesías ingeniosas, agudas y conceptuosas, figuran, junto a latinos, italianos y portugueses, algunos antiguos castellanos. Entre ellos tiene sus preferencias, aunque no sin tacharles de *fríos* con fino sentido. Cita ejemplos sacados del *Cancionero General*, en sus *Discursos* XXIV y XXV. Por ellos desfilan los alambicados conceptos de las «obras más ingeniosas que limadas» de Lope de Sosa, el comendador Escrivá «eminente ingenio valenciano», el «antiguo y famoso» Cartagena, de don Carlos de Guevara, de Garci Sánchez de Badajoz, de Diego de Castro, de Soria, del almirante de Castilla, del «agudo» Tapia, del «ingenioso» Núñez, del conde de Ureña, de don Diego López de Haro, de don Alfonso de Córdoba, del duque de Medina Sidonia, de Diego de San Pedro, de Jorge Manrique, en sus más amanerados versos cortesanos. No todos estos nombres tienen hoy para nosotros el mismo valor, ni preferimos los mejor calificados como mejores. Pero es que de todos ellos no ve sino las más puras calidades del ingenio conceptuoso.

Los grandes líricos del siglo XVI no le entusiasmaban extraordinariamente. Los adjetivos que les prodiga más parecen tópicos o frases hechas, que expresión de una verdadera valoración crítica.

A Garcilaso le llama «celebrado» o añade: «baste su nombre para su elogio», encomios no muy expresivos de lo que pudiera sentir de tan gran poeta.

En Fray Luis de León, a vuelta de llamarle «docto y grave», tropezamos con el calificativo de «ingenioso», que hoy no puede menos de parecernos muy impropio. La serena y solemne vena, exenta de afectación del gran poeta, no debió ser comprendida por el incondicional admirador de Góngora y de Marín. Esto mismo prueban los ejemplos que aduce no recomendables ni por lo excelentes ni por lo significativos, dentro de la obra del poeta.

Con mejor sentido habla del gran sonetista don Juan de Urquijo que por lo ingenioso de muchos de sus sonetos habían de agradar a la vena conceptista de Gracián. Le llama uno de los grandes ingenios de España, que atiende más a la profundidad y gravedad del concepto, que a la verbosa altanería, y sin otro párrafo le califica de «moral y sentencioso». El grave fondo de sus versos y la sobria concisión del estilo están perfectamente caracterizados.

La templada vena moralista de los hermanos Argensola, especialmente de Bartolomé, hace que los coloque en la cumbre de su estimación y designe a Bartolomé como «el non plus ultra del Parnaso». Llama a Lupercio «dulcísimo y filósofo de los poetas», pero a quien menciona más y del que da más interesantes noticias es de Bartolomé, con el que le unió, sin duda, una sincera amistad. De él escribiría numerosas alabanzas. «Aquel gran filósofo en el verso Bartolomé Leonardo, en quien compitieron lo ingenioso y lo prudente...». «Es de celebrar

en este gran poeta la facilidad de sus números que en la prosa misma parece que no pudiera hablar con menos violencia: era señor del decir». «Todos los sonetos de Bartolomé están llenos de profundidad. Filosofaba en el verso este grave y profundo ingenio: tiene muchos muy acertados, pero en las epístolas estuvo su mayor eminencia, como en los tercetos...». No hay duda que estos juicios de Gracián son justos y exactos.

Pero el gran poeta predilecto de Gracián fue, sin duda, Góngora que propone reiteradamente como modelo. Admiró a Góngora íntegramente, sin distingos de épocas ni maneras. De los contemporáneos Góngora es su pasión literaria. El cordobés «fue Cisne, fue Aguila, fue Fénix, en lo canoro, en lo agudo y en lo extremado... en toda especie de agudeza eminente, pero en ésta de contraproporciones consistió el triunfo de su grande ingenio».[28] En cuanto a su manejo de la lengua dirá en el prólogo de la *Agudeza:* «Tomé los ejemplos de la lengua en que los hallé, que si la Latina blasona al relevante Floro, también la Italiana al valiente Taso, la Española al culto Góngora, y la Portuguesa al afectuoso Camoens». Y en el *Criticón*, escribe: «El primero que pulsó una culta cítara, haciendo extremada armonía, aunque la percibían pocos, que no era para muchos».[29] En otro pasaje y como resumen de su admiración le llama «monstruo en todo».

Consecuencia de esta incondicional adhesión es la menos justificada que manifestó hacia sus secuaces. Por ejemplo, el conde de Villamediana, quien «juntó lo sentencioso con lo crítico»; Ledesma «cuyas obras son un equívoco continuado...»; Antonio de Mendoza «por antonomasia el cisne cortesano»...

Da la impresión que Gracián no fue muy aficionado a la lectura del teatro de su tiempo. El teatro fue un género que parece no debió interesarle. Sus escasas referencias a él son, a veces, desconcertantes, y a veces, de sumo acierto. Conoce alguna obra de Lope de Rueda y, confundiendo sus merecidos prestigios de actor con los de autor dramático, lo califica, siguiendo a Juan Rufo, de «inimitable y prodigioso varón». Cuenta como gran triunfo del ingenio el argumento de la comedia de Lope de Rueda, *Discordia y cuestión de amor*. Esta pieza sólo se conocía por la referencia de Gracián, hasta que en 1902 la publicó el marqués de Laurencin, en la *Revista de Archivos*.

Por las sazonadas invenciones, celebra al canónigo Tárrega, a Pérez Montalbán, Pedro de Ávila, Guillén de Castro, Lope de Vega y Calderón. Del doctor Pérez de Montalbán alaba sobre todo el estilo. Añade que tiene eminencia en los afectos, pero que cometió algunas impropiedades. De Pedro de Ávila dice que fue feliz en las trazas y que su obra *Las fullerías de amor* fue la más plausible que se ha oído. De *La fuerza de la costumbre*, de Guillén de Castro, afirma que se distingue por «la bizarría del verso y por la invención merece el inmortal

28. v. p. 255.
29. *El Criticón*, II, 4, p. 713.

laurel». Acierta plenamente al escoger, entre las comedias de Calderón que se distinguen por la «bizarra inventiva», *La dama duende* y *Casa con dos puertas*. También acierta al calificar a Moreto —único dramático que nombra en *El Criticón*— de «el Terencio de España».[30]

Y añade que «el que llegó a lo sumo de la perfección en estos asuntos del ingenio fue el conceptuoso Villazán y el sentencioso Mendoza. Parece que no se puede decir más de lo que ambos dijeron, ni llegar a más bizarría del verso, preñez de estilo, profundidad de concepto, gravedad de sentencias, invención de enredo: especialmente aquel en la que intituló *Ofender con las finezas*, y éste, *El Marido hace Mujer*».[31] De estos juicios podemos deducir que conocía mal Gracián la producción dramática contemporánea. Y entre tantas piezas preciosas de la dramaturgia española de aquel tiempo, movido por la amistad, guarda su especial admiración para la comedia *Querer por sólo querer*, de Antonio de Mendoza, que cita repetidamente.[32] Y a *Las finezas de Isabela*, de Góngora llega a llamarla «su única Isabela que le valió por mil».[33]

En Lope de Vega encuentra aspectos elogiosos. Fijándose en el dramaturgo escribe palabras justas y acertadas. «Lope de Vega con su fertilidad y abundancia hubiera sido más perfecto, si no hubiera sido tan copioso; flaquea a veces el estilo y aún las trazas tienen gran propiedad en los personajes especialmente en los plebeyos; en las fábulas morales mereció alabanza como aquélla de *El villano en su rincón, Con su pan se lo coma, La dama boba, Los melindros de Belisa*, y su excelente el *Dómine Lucas*».[34]

Hoy estos ejemplos nos parecen menos significativos del sentido de las obras de Lope y más conforme al estilo de Gracián. Su elogio nos parece falto de entusiasmo.

Más efusivo y justo es éste de otro aspecto de la obra enorme del Fénix: «Lope de Vega en lo cómico, sin duda, excedió a todos los españoles, si no en lo limado, en lo gustoso y en lo inventivo, en lo copioso y en lo propio». Queremos citar otros dos pasajes, en que la preocupación conceptista y su vocación sentenciosa y moralizadora le hacen destacar calidades de la obra de Lope que a los ojos de más independientes críticas no han prevalecido. Escribe Gracián: «Fue eminente Lope de Vega no sólo en lo fecundo, sino en lo conceptuoso». Y en otro lugar: «El universal Lope de Vega que no olvida toda manera de erudición para la moral enseñanza». La crítica actual no está conforme con estos juicios.

30. *Op. cit.*, II, 8, p. 949.
31. XLV, p. 441.
32. III, V, XXIV, XLII.
33. XLII, p. 430.
34. XLV, p. 440.